

tumbres, que se notan entre los hombres, hallarán en ellos juntas aquellas lecciones, que acaso no sabrán darles, ni su padre, ni su ayo, ni su maestro; y sobre todo para iluminar, y establecer mejor su razon, servirá oportunamente el entregarse al estudio de la Filosofía Moral, de la que doy aquí una pequeña idea, previniendo que busquen despues quien se la explique, y pueda poner á su vista varios exemplos prácticos, presentes, ó pasados, de los que obran prudente, ó neciamente, de los que sin pensar en ello, y aun á costa de su bolsa pueden dar á su próximo materia de risa; y lo que es peor, de los que confiesan que sinceramente desean vivir con tranquilidad de conciencia, y corazon, y aun con comodidad en este mundo; pero aun con todo eso toman un camino opuesto, y contrario á sus mismos deseos. Importa sobre todo, no solamente el aprender, mas tambien el mantener tenazmente en la memoria las máximas, y sentencias de los sabios, y los primeros principios de lo bueno, y honesto, y de todo aquello que puede conducir, y servir al logro de nuestra felicidad. Y quando suceda que las ideas que hasta ahora hemos adaptado, sean desordenadas, ó poco rectas, esto es, sean erróneas, y falsas, conviene luego al punto enderezarlas, y ordenarlas. Todo esto puede hacerlo nuestro entendimiento por medio de reflexivas meditaciones, y racionios bien fundados, examinando cuidadosamente las cosas, y las acciones que convienen, ó desconviene al hombre. Y si acaso no tuviésemos suficientes luces para estas reflexiones, y discursos, entra el arbitrio de recurrir á los hombres sabios, que viven actualmente, ó á los que muertos al mundo, viven aun en sus doctos libros, para que nos ayuden con sus consejos. Es cierto que casi á todos los hombres ha franqueado la naturaleza la habilidad, y potencia para muchas cosas, como v. gr. para escribir, pintar, tañer algun instrumento, y para otras artes, y maniobras; pero con todo es necesaria la aplicacion, y el estudio para perfeccionarnos en ellas; y quando llega este

te caso, y urge la necesidad, ó el gusto de aprender perfectamente alguna de estas artes, no vamos á buscar uno de los maestros adocenados, como solemos decir, sino á uno que pueda enseñarnos con perfeccion. ¿Pues, quanto mas nos importa el aprender á vivir como conviene á una criatura tan perfecta como el hombre? Por tanto es muy preciso, no solamente el estudiar con aplicacion, y cuidado, mas tambien el buscar, y elegir los mas acreditados maestros, cuya decision unánime, y conforme, es una segura regla para conocer lo que llamamos bueno, ó malo, y para abrazar lo primero, y huir lo segundo.

## CAPÍTULO XI.

*De los pecados de los hombres.*

## §. I.

**L**lamamos error, y entendemos precisamente por este nombre el creer, y tener por verdadero, y bueno lo que en la realidad es falso, y malo; ó por el contrario, quando creemos, y juzgamos que es falso, y malo lo que en la realidad es verdadero, y bueno; y mientras en nuestro entendimiento permanece esta falsa creencia, la llamamos error intelectual, ó especulativo; pero si con ella obramos, pasa á ser error de voluntad, ó práctico. Si alguno intentase contar la dilatada serie de errores á que está expuesto el género humano, jamas acabaría esta empresa, por ser su número casi infinito. Para nuestro intento importa esto muy poco; porque estamos determinados á hablar únicamente de aquellos errores que pertenecen á nuestras costumbres, y pueden ser vicios, y pecados: esto es, medios para privarnos de aquella felicidad que buscamos, y deseamos hallar. Que yerre el hombre en la inteligencia de la composicion de los colores, de las causas, de los vientos, de las

las enfermedades, de la esterilidad de la tierra, de los fenómenos del Cielo, en la grandeza de las estrellas, en muchos hechos de la historia, en tantos idiomas extranjeros, y en otras infinitas noticias (aunque le sería muy útil el conocer todas estas cosas para no errar en ellas): que el hombre, repito, incurra en semejantes errores, no trae consigo consecuencias tan fatales, que no pueda vivir como hombre sabio sin aquellas noticias, y buscar sin ellas aquella felicidad que puede lograr en este mundo, y la mas llena, y perfecta, que despues espera en el Cielo. No sucede así con los errores pertenecientes á las costumbres. De aquí principalmente depende el darse el hombre á conocer por criatura racional: de aquí el ser feliz, ó desgraciado, así en este mundo, como en el otro. Damos el nombre de vicio al entendimiento errante, y á la voluntad que le sigue, acostumbrada á trastornar el orden intimado por Dios, y manifestado á nosotros por nuestra misma razon, y que debemos observar para nuestro gobierno, y para el trato, y conversacion con los demas hombres. Hablando ahora con mayor precision, llamamos pecados los actos de este entendimiento errante, y de la voluntad que le sigue, quando con ellos quebrantamos la Ley de Dios, que es el orden que se nos ha revelado por el mismo Señor, y que debemos observar puntual, y exáctamente en nuestras costumbres.

## §. II.

**M**As habiendo dicho, que en los vicios, y pecados yerra el entendimiento, y se une á él la pervertida voluntad, al punto ocurre una difícil cuestión; porque como nuestros vicios, y pecados estén sujetos á un bien merecido vituperio, y sean dignos de pena, y castigo, siempre que se establezca que la voluntad sigue el dictamen del entendimiento quando pecamos, se propone la cuestión en estos términos: Para merecer, ó desmerecer es indispensablemente necesario el libre al-

be-

bedrío; de manera, que esté en nuestra mano la elección esto es, el querer, ó no querer hacer una acción. Es necesario que en nosotros se halle un principio, que se mueva por sí mismo, y tenga un poder para obrar lo que queremos, y para comenzar en nosotros mismos un movimiento; y no pudiendo nuestra voluntad dexar de consultar, y seguir el dictamen del entendimiento, si este yerra, merecerá solamente el vituperio; pero no la voluntad, que es obligada á seguirle, y le seguiria sin duda si este echase por la parte opuesta; por lo que el error estará en el entendimiento, pero no en la voluntad, y de consiguiente no serán voluntarios nuestros pecados, ni mereceremos castigo alguno por ellos.

## §. III.

**R**Espondo ser verdad, que nosotros jamas pecamos sin que haya algun error en nuestro entendimiento; pero al mismo tiempo es verdad que nuestra voluntad, quando directamente quiere, y abraza este error, entonces se debe atribuir justamente la culpa á nuestra elección, y á nuestro libre albedrío. Que la misma voluntad del hombre sea la causa de los errores de su entendimiento, sucede de muchos modos. Primeramente los apetitos acometen muchas veces tan fuertemente á la voluntad, que apenas aprende el entendimiento algun objeto perteneciente á tales apetitos, quando la voluntad corre apresuradamente á unirse con aquel objeto, si no puede con las obras, á lo menos con los deseos; y de tal manera, que sin permitir al entendimiento que exámine atentamente las razones por una, y otra parte, la voluntad sola es la que elige. Un cierto usurero, luego que oyó de boca de un sabio Teólogo todas aquellas razones por las quales le pareció que podia justificarse una usura abominable, al punto se despidió, sin esperar que el mismo Teólogo propusiese las razones que habia por la parte contraria, y desaprobase las primeras; y luego iba diciendo: ¡O que

que grande hombre es este! Cierto que habla muy bien este Teólogo. Así ni mas, ni menos nos sucede á nosotros, quando estan en su mayor fuerza nuestros apetitos. Escuchamos entonces solamente (si es que escuchamos entonces) aquellas razones que concuerdan, y lisonjean nuestro apetito; pero no las otras, que persuaden lo contrario. Culpa es entonces de la voluntad, y no del entendimiento el error cometido, estando en nuestra libre potestad el refrenar, y contener el estrepitoso torrente de aquellos apetitos furiosos; y si no lo hacemos, es porque no queremos hacerlo. En segundo lugar, las pasiones hijas de estos apetitos pueden agitar fuertemente nuestra alma, y llevarla con ímpetu á que abrace, ó se aparte de aquello que la voluntad misma arrebatada, y como forzada de los apetitos, se ha propuesto por objeto. En un tan grande acaloramiento, como en el que entonces se halla el alma, queda el entendimiento casi ofuscado, y confuso; y como si estuviera ciego, no vé lo que es bueno, ó malo, falso, ó verdadero; y apenas divisa algun objeto, que pertenezca, ó tenga conexión con la pasión dominante, quando sin detenerse á exâminarlo, se mueve la voluntad, ó con amor, ó con aversion hácia el tal objeto. Basta que alguno oyga hablar de qualquiera accion de un enemigo suyo, para que al instante, y sin detenerse á pesarla en la balanza de la justicia, se determine á vituperarla. Ha de ser sin remedio cosa mal hecha, cosa iniqua, ó por lo menos no ha de merecer alabanza, ni elogio, solo porque la hizo un enemigo suyo. Así qualquier palabra, qualquiera seña, que vea, ú oyga un zeloso, hecha, ó pronunciada por aquella persona de quien tiene la sospecha, basta para inquietarlo; ni se detiene mas para creer como verdad lo que le sugiere su ciega pasión, y lo mismo debe decirse de las demas. No obstante, ello es cierto que está en la eleccion de nuestro libre albedrío el reprimir, y contener estos impetuosos movimientos del alma; de manera, que dexen tiempo al entendimiento para ponderar,

y

y reflexionar bien si el juicio, que entonces hace tan precipitadamente, sea verdadero, y pueda subsistir por sí propio. Aun quando la pasión es tan impetuosa, que no obedezca al freno de la razón, no por eso dexa en muchas ocasiones de ser culpable la voluntad, por no haber impedido los principios, ó los progresos de aquel furor por pura malicia, descuido, ó pereza. Ya hemos dicho, que no sirve de excusa su embriaguez al bebedor de vino, si en el tiempo que se halla privado quitase la vida á alguno; porque debia reflexionar esta contingencia, y guardarse de beber con demasía, para que no sucediera, no pudiendo ignorar estas malas conseqüencias el que voluntariamente se emborracha. Así debemos discurrir de otras pasiones que nos ciegan; siendo solamente excusables aquellos primeros movimientos de las mismas pasiones, que por impensados no dexan tiempo al entendimiento para reconocer lo que dicta la razón, y en cierta manera, como que arrastran la voluntad á querer y á obrar con mucha prontitud.

## §. IV.

EN tercer lugar, nuestro descuido, y pereza suele producir este mismo efecto malo; porque muchas veces cuidamos poco de nuestro bien particular, que por otra parte apetecemos con tanto ardor; y no queremos adelantar un paso para considerar, y pesar las acciones que debemos elegir; y á manera de niños, que viendo una fruta, ó una cosa resplandeciente, ó que por otro motivo les agrada, al punto la desean, y se abalanzan á cogerla, de la misma manera solemos hacerlo nosotros; y aun los que se tienen por hombres sabios, corriendo sin reflexión á creer lo falso, y á elegir el mal: y esto no por otra razón, sino porque no queremos fatigar nuestro entendimiento en buscar el fundamento de las cosas, y en reconocer primero la verdad, ó la bondad, la falsedad, ó la malicia de ellas. Ni es tampoco

Tom. I.

N

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1625 MONTERREY, MEXICO

nuestro entendimiento solo el que consultado mueve muchas veces nuestra voluntad á la eleccion. Tiene tambien nuestra fantasía este oficio, y empleo, como ella sola lo tiene en los brutos. Apenas esta nos representa algun objeto como útil, ó deleytable, quando sin tardanza alguna se van hácia él los deseos de nuestra alma. Nos sería muy molesto el informarnos primero si deberíamos elegir, ó despreciar el tal objeto, segun lo requiere el proceder de un hombre sabio. Estamos sujetos tambien á otra especie de floxedad, y pereza, á quien acompaña la impaciencia; esto es (permítaseme el repetirlo), á seguir mas presto el gusto ó placer presente, ó mas cercano á nosotros, y que nos le representa la fantasía como efecto de la fortuna para hacernos felices en aquel instante, que otro que consideramos mas apartado, y remoto, aunque aquel primero sea pequeño, y aparente, y nos pueda atraer gravísimos males, y este segundo sea un gran bien libre de todo mal. Nos parecería demasiada fatiga, y trabajo el esperar un bien que aun no ha llegado, y principalmente si le consideramos muy remoto; y por tanto, sin detencion, ni reflexión elegimos el bien presente, aunque sea mucho menos, dándonos priesa para que no se nos escape de entre las manos. Y si alguna vez permitimos al entendimiento que éxamine cuidadosamente estos dos bienes, solamente es con el fin de que busque razones, ó pretextos para anteponer la eleccion del bien presente, sin cuidarse de sus malas conseqüencias, ó para hacernos creer que gozaremos el bien presente sin perder el futuro.

## §. V.

**E**N todos estos modos, y otros muchos, que por ahora omito, se vé claramente, que nuestra voluntad es culpable en aquellos errores del entendimiento, que ella adopta, y sigue en la eleccion de aquello que no deberíamos elegir: erramos porque queremos errar. Si  
nues-

nuestra voluntad no concurriese de algun modo á los errores del entendimiento, tendríamos alguna excusa, y perdon para con los hombres, y con Dios, aplicando la doctrina que ya hemos dado hablando de la violencia y de la ignorancia invencible, ó absoluta, y otros principios, que causan el involuntario. Es verdad que el temperamento, los sentidos, la fantasía, las pasiones ferrosas, los hábitos inveterados, los placeres, y gustos presentes, las opiniones, y otros muelles, y resortes, ó manifiestos, ú ocultos, trabajan fuertemente dentro de nosotros para arrastrarnos al error, y hacernos querer aquello que debemos huir, ó al contrario, que huyamos lo que deberíamos abrazar; pero es igualmente cierto, que ninguna de estas causas nos obliga, ni priva del libre albedrío, ó de aquella potencia, y libertad que tenemos siempre para hacer, ó no hacer las acciones particulares. Cierto es tambien, que (á excepcion de alguna improvisa, y violenta cólera, ó de algun temor, que involuntariamente nos puede acometer, y cegar) está en nuestra mano el suspender el consentimiento, ó asenso á los objetos que nos propone la fantasía, ó los sentidos. Por tanto, es poco sabio, y digno de vituperio, y alguna vez de castigo, el que pudiendo no exámina primero si son ordenadas, ó desordenadas, útiles, ó dañosas, convenientes, ó inconvenientes á la criatura racional tantas acciones, que precipitadamente, y sin consideracion alguna ponemos en práctica, y que redundan despues en daño, afan, y vituperio nuestro: por lo que si deseamos con ansia verdadera el librarnos de los pecados, y de aquellas acciones, que reprueba nuestro Dios, y no tienen por buenas los prudentes, y sabios, deben caminar acordes nuestro entendimiento, y voluntad: aquel para buscar con sinceridad, y esta para elegir del mismo modo lo que puede agradar á Dios, lo que es honesto, y no puede ser dañoso á nosotros: pero freqüentemente nos falta esta sinceridad tan apreciable. Algunos hacen escrúpulo de escupir en

la Iglesia, y no lo hacen de robar los altares: de la misma manera, luego que una persona se determina á guardar su alma de toda carnal impureza, inflexible á todos los asaltos, ó propios, ó ajenos, que intenten vencerla, aumenta los ayunos, redobla los ejercicios devotos, y las visitas de los Templos: se llega dos veces en la semana á la Sagrada Mesa de la Eucaristía; acaso ya con esto le parecerá que es un vaso escogido de toda virtud; pero pregunto yo ahora, ¿perdona de corazón á sus enemigos? ¿Paga sus deudas? ¿Trata mal, y con soberbia á los criados, y dependientes de su casa? ¿Es delicada su conciencia en orden á la hacienda de otros? ¿O Señor! en nada de esto repara; y halla tales razones, que parece que la ley de la caridad, y de la justicia, que obliga á todos los demas Christianos, á él solo dexa exento. Si su voluntad no buscasse otra cosa que el agradar á Dios con sinceridad, presto se iluminaria su entendimiento, así en este como en otros puntos. Lo mas extraño en esta materia es, que no falta gente que corre, y está pronta á hacer buenas obras de supererogacion para agradar á Dios, y despues no se detiene en dexar de hacer las que manda el mismo Señor. No es esto lo que debe hacerse: primero vienen los preceptos, despues los consejos: antes se debe satisfacer á los operarios, y pagar las deudas, y despues hacer limosna: antes perdonar al próximo, y presentarse despues ante el Santo Altar; y así discurriendo de otros semejantes casos.

## CAPITULO XII.

*Del apetito universal, que se llama amor propio, ó del apetito de la felicidad.*

## §. I.

**H**emos tratado ya del cuerpo, como de una causa, que influye bastantemente en nuestras acciones morales; pasemos ahora á tratar precisamente del alma, que es el principio verdadero, y propio de estas mismas acciones, para observar exáctamente cuál sea el principio que la mueve á poner en práctica tantas acciones, ya buenas, ya malas, ó ya indiferentes. La vida del hombre (todos lo experimentamos) es una continua feria, y gran mercado de pensamientos, en que trafica, y comercia el entendimiento humano, tanto el del ignorante, como el del docto; y de estos pensamientos se pasa á las obras quando se puede; y no pudiendo, apacientan por lo menos, y divierten esta potencia activa; exercitándola unas veces con gusto, y otras con desagrado. Aun los mismos ociosos, y solitarios, segun esta cuenta, jamas están en ocio, ni reposan: porque aun entonces llevan á paseo sus cerebros, ó fantasías al dilatado campo de varios pensamientos, ó útiles, ó agradables, ó desagradables, ó vanos; y á falta de otra cosa, piensan en el placer, ó disgusto que entonces les ocasiona el ocio, ó la soledad. Andamos ademas de esto los hombres continuamente deseando alguna cosa, ó bien con deseos que sentimos, y conocemos, ó bien con deseos incógnitos, y oscuros, porque entonces no reflexionamos sobre ellos. Tambien nuestra voluntad está siempre en movimiento, derramada en mil apetitos, y deseos, de los quales conviene que hablemos ahora. En muchas especies se divide la numerosa caterva de los apetitos humanos, como despues veremos; pero si aten-